

FANTASÍA Y REALIDAD DE UN DÍA COMO TODOS

ÁLVARO MUTIS



Cuando Jean Daniel me invitó a colaborar en esta edición especial que celebra los treinta años del *Nouvel Observateur*, me sentí, en primer término, halagado —he sido un seguidor fiel de los distintos avatares de la revista y un lector siempre fascinado por la prosa y la perspicacia de los juicios de su director— y, luego, intrigado por la idea original de festejar este aniversario dándole al 29 de abril una situación singular en la rutina de nuestras vidas. Fueron pasando los días y paulatinamente caí en la cuenta de que había caído en una trampa fatal, no prevista ni calculada maliciosamente, desde luego, por los padres del endriago, pero no por eso menos diabólica. Trataré de explicarme contando en la forma más directa posible, mi singular “temporada en el infierno”.

Era obvio conjeturar que el 29 de abril iría a convertirse de un día cualquiera, de los que vivimos sin prestarle ninguna atención, en un día al que deberíamos dedicarle una vigilancia inusitada. Comencé, entonces, a prever qué podría suceder en esa fecha que se saliera de la ordinaria secuencia de mis jornadas. Vivo en México, un país que está sufriendo cambios radicales y violentos que comenzaron más o menos a tiempo con la invitación de Jean Daniel. Un levantamiento, supuestamente campesino e indígena, en Chiapas ha venido a derrumbar sesenta años de indudable estabilidad política y social lograda con inobjetable madurez y astucia políticas. Luego, el homicidio, cada día menos claro y con mayores y más graves ramificaciones en los altos mandos del juego electoral en plena vigencia, vino a crear un clima aún más irrespirable y turbio. Era, pues, lógico anticipar para el 29 de abril hechos relacionados con esta crisis de catastróficas proporciones. En otro orden de cosas, es bien sabido que México es un país de frecuentes sorpresas sísmicas y que su suelo, sobre todo en la capital, no suele estar tranquilo durante mucho tiempo. No era, pues, del todo fantasioso pensar que el 29 de abril hubiese aunque fuera un leve sismo. La vida literaria mexicana también tiene sus caprichos telúricos y, por ende, en ese día no era improbable que alguna nueva polémica viniera a animar el ambiente.

Con esos elementos y algunos otros vinculados con mi personal existir, logré sacar de la nada un 29 de abril realmente saturado de posibilidades a cual más inquietantes. Fue así como mis noches se poblaron de pesadi-

llas recurrentes, cada vez más laberínticas y mis despertares —desde mi infancia marcados con el signo de la vaga fatalidad que me espera en ese día— pasaron a convertirse en premoniciones que el más implacable de los profetas bíblicos hubiese envidiado de seguro. Hubo, entonces, un momento en el que pensé seriamente en comunicar al *Nouvel Observateur* mi decisión de retirarme de la jugada. Era obvio que no lo haría, dada la ya mencionada lealtad que guardo a la revista y la sólida simpatía cimentada durante 30 años, sin una semana de ausencia. Pero, entretanto, el 29 de abril se me convirtió en un día que podría dar tema para una novela—río de esas que tanto se escribieron y padecieron en las décadas de los veinte y los treinta.

Llegó, por fin, el día en cuestión. Tenté todas las trazas de ser un día como cualquier otro de mi ahora más o menos regular existencia. Desde el despertar comencé a aguzar mis sentidos para dejar en la memoria hasta los más banales hechos cotidianos. Hacia el mediodía, caí en la cuenta de que así no podía seguir so pena de terminar en un refugio psiquiátrico antes de terminar ese viernes tan esperado. Comencé a vivir sin prestar mayor atención al paso de las horas y se fueron presentando los hechos que, a mi juicio, valía la pena registrar.

Movido por la recomendación que me hiciera a mi paso por París el pasado noviembre mi admirado y querido amigo Dominique Fernandez, autor de un delicioso prólogo de la obra, leía ese día las *Mémoires de Lorenzo da Ponte*. Es muy raro que suspenda la lectura de un libro. Casi nunca me doy por vencido y, al hacerlo, me queda siempre un sabor de fracaso bastante incómodo. El 29 de abril, llegando ya a las páginas centrales del libro, resolví no seguir su lectura. Dominique Fernandez estaba en lo cierto al recomendarme estas memorias y en sus apreciaciones, siempre lúcidas y bien documentadas, hechas en su prólogo. Pero el personaje me estaba resultando de una vanidad engolada y suficiente, de una tartufería tan nauseabunda y de una indelicadeza tan grosera, que no pude seguir tolerando su compañía. No lo hice por pacatería beata —estoy largamente entrenado en la frecuentación de la picaresca española que tanto admiro y leo— sino porque, por algún curioso estado de ánimo, no estaba ese día para soportar al tan sabido y atrevido Don Lorenzo. Lo curioso es que, para cambiar

de sabor en el paladar, lo único que se me ocurrió fue internarme en las páginas nada menos que del *Journal de León Bloy*. Que el lector saque las conclusiones que quiera. Cada cual se tortura a su manera.

En la tarde del 29 de abril tuve una experiencia inolvidable y que, como era de esperarse, no había previsto en mis catastróficas previsiones. Me reuní, en una mesa redonda a la que estaba invitado hacía varios meses, con tres de los arquitectos más destacados de nuestros días: el portugués Alvaro Siza, el suizo Marco Botta y el español Santiago Calatrava. Soy un devoto del arte de Palladio y de Mansart. Un edificio noble y armonioso me da siempre una noción más estricta del orden que una página de Mozart o un poema de Mallarmé. Hay algo táctil en ese placer mío por la arquitectura que lo relaciono a menudo con el erotismo. ¿Cómo no había yo incluido en mi escenario de pesadilla, esas horas, ya anunciadas y reservadas en la memoria, que iba a pasar en forma tan

plena, aleccionadora y placentera, al lado de personas cuya inteligencia, simpatía y devoción por un arte que amo, han hecho del 29 de abril un día inolvidable? Misterios del oscuro laberinto por donde el destino nos hace llegar sus señales más urgentes y reveladoras.

Además de esos dos episodios, para mí dignos de ser tenidos en cuenta, sucedieron otras cosas, claro está. Pero sospecho que se deben parecer tanto a las que ese día vivieron mis lectores, que recordarlas aquí, además de necio, sería aburrido y prolijo, dos cosas de las que huyo con severo pánico.

Debo, para terminar, confesar algo a lo que me obliga no sólo la cortesía sino también mi fidelidad al escritor que voy a mencionar. Al entrar en el sueño, ese 29 de abril de 1994, pensé con la conformidad de los mansos: "Jean Daniel tenía razón e hizo un gesto que obliga mi gratitud al invitarme a participar en ese aniversario. Todo salió bien, como casi siempre. Todo está en orden." 